

para conservar el orden, puede hacerse mucho, pero dudo de la sinceridad de Santana.» «Ahora exigimos de V., con el mayor encarecimiento, que tome V. la pluma, escriba contra el Mercurio, porque sabemos que lo sabe V. hacer bien. Santana facilitará á V. el periódico de los buenos mejicanos, que és *el Veracruzano libre*, y sin que dé V. la cara, puede esgrimir bien la pluma.» «No me decido, Rivas, no tengo garantías suficientes que pongan mi persona á resguardo de un atropello. Tengo que tomar otros antecedentes.» Rivas se retiró.

Yo sabía de positivo, que Santana, Barragan y otros generales, eran enemigos de Poinssset y de sus maniobras en Méjico; pero desconfiaba del caracter voluble del General, y que por interés personal, era capaz de sacrificar á su Padre y á sus mejores amigos. No salía de mi casa, y me puse á la expectativa, esperando la segunda embajada de Vázquez, que todas partían de un mismo centro, que era Santana. Yo sospechaba y con fundamento, que, *el español intimo amigo y uno de los principales miembros de la junta*, cuyo nombre no quiso rebelarme Rivas, fuese el suegro de Santana, y que andaba en el ajo en interés de familia.

De allí á dos dias, aparecieron por mi casa Vázquez y Portilla. Venian muy incomodados, en particular el segundo, contra el Mercurio, por la acalorada polémica que sostenia aquel periódico, contra el Veracruzano libre, que dirigia el Coronel Portilla. Me dijo: «Santana, está furioso con el Mercurio, y quiere que á todo trance desaparezca, aunque sea matando ó embarcando á la fuerza á su Director, el Español Ceruti, que todo lo rebuelbe, mezclándose en nuestros negocios políticos. El General Santana, que ha venido de Manga de Clavo, me ha llamado esta mañana, y me ha encargado, hable con V. y le incline á que tome la pluma y escriba con toda la energia y su saber contra ese bastardo español; y que esos son tambien los deseos que le han manifestado varios de los principales comerciantes españoles. Me ha añadido, que no tenga V. miedo, que él está metido en la demanda y guardará á V. sus espaldas en cualquier desman que se intente contra su persona.»

«Y V. qué dice á todo esto, le pregunté al Coronel Vázquez: ¿Estará de buena fé el general Santana, no nos querrá engañar?» Vázquez me contestó, «que en el mismo sentido le ha-

bían hablado el general Barragan y Rincon, y que en la liga estaban metidos otros varios generales de la república para operar una reaccion contra Poinssset y los Yankis.»

«Pues bien, escribiré contra el Mercurio, y desde pasado mañana entregaré el manuscrito á Portilla, que vendrá todos los dias en persona á recoger los borradores.» Me abrazaron ambos Coroneles.

Aquella noche vinieron á mi casa los comerciantes D. Pedro Troncoso y D. Francisco Rivas, y me digeron que habian sabido mi resolucion de escribir contra el Mercurio, por lo que me daban la henorabueña, como españoles, por un acto tan patriótico, y que todo el comercio estaria á mi favor.

Yo conocía poco de trato á Dn. Ramon Ceruti; habia sido amigo y compañero mio, su hermano D. Florencio, Gefe de Escuadron del Regimiento de Caballeria de Lusitania. Fue me necesario llamar á mi casa á D. Tiburcio Campe, hijo de Cadiz, como Ceruti, periodista é impresor siempre en aquella ciudad, hasta que emigró á la Habana en 1823. Concurrió en efecto á mi llamamiento, le manifesté el objeto, y como mason que era, le pedi antecedentes de la vida y milagros de su paisano Ceruti, que tanta guerra estaba dando á los Españoles de Veracruz, y me proponia escribir una serie de Boletines satiricos, para matar el Mercurio. «Desde luego estoy dispuesto á darle á V. las noticias que me pide y ofrecer á V. ademas mi pluma y cuanto valga.»

Principió Campe, por decirme: «Ceruti era por los años de 1811 al 12 alférez de uno de los regimientos que guarnecian la Plaza de Cadiz, bloqueada por el ejército francés. Desde la Isla de Leon, donde estaba destacado, desertó y se pasó á los franceses, á cuyo servicio se puso. Llegó la rota de los franceses, su retirada á Francia y los acontecimientos del año de 1814; la buelta del Rey y el decreto de Mayo en Valencia, aboliendo el sistema constitucional. En aquel tiempo se encontraba Ceruti, escondido en Madrid, en la Casa de su hermana *La Roncali*, muger sumamente intrigante, servil y una de las primeras agentas de Fernando 7º y de su gobierno absoluto. Aprovechando del favor que disfrutaba *La Roncali*, cerca del Rey, consiguió que se nombrase á su hermano Ramon, Secretario de la Capitania General de Puerto Rico, para donde se embarcó. De esta manera se le purifico de la mancha de afrancesado.»

«Vinieron los sucesos de 1820, y el restablecimiento de la constitución de 1812, y Ceruti aportó por España, y se adhirió al partido exaltado, siendo recibido mason escocés. El 22, se creó por Regato la sociedad secreta titulada *Los comuneros de Castilla*. Ceruti desertó de la masonería escocesa y se convirtió en *Comunero*. Como talasistió, siendo el principal agitador, á la batalla que llamaron entonces de las platearías: un pronunciamiento en la Calle Mayor de Madrid, contra el gobierno constitucional de entonces, que consiguió sofocarlo.

«En 1823, cuando el Gobierno Constitucional se retiró á Cadiz con el Rey, con motivo de la invasion de los franceses, en los mayores apuros del gobierno constitucional y cuando estaba, vulgarmente se dice, con el dogal al cuello, conspiraron en Cadiz el coronel Espinola, el médico Perez, Ceruti y otros comuneros, para derribar al gobierno existente, fueron presos y deportados á las Islas Canarias. El gobierno y el sistema constitucional sucumbieron en la Península, y se entronizó el despotismo. Ceruti y compañía lograron evadirse de las Islas Canarias, refugiarse en un barco americano que los trasladó á los Estados Unidos y seguidamente marcharon á la república mejicana.» Estos detalles me suministró Campé añadiéndome que no sabía más.

Con estos materiales, me puse á trabajar en mi plan. Al embarcarme en Burdeos para América, llevé conmigo algunos y buenos libros. Entre ellos, fué uno que se acababa de publicar en Paris, con el título de "*Ultimos momentos de Napoleon en la Isla de Santa Helena*," escrito por su Médico Antonomarchi. En él, estaban todos los Boletines, que dió el médico desde que cayó gravemente enfermo Napoleon, hasta que espiró. Tomé por modelo dichos Boletines, en la parte técnica de la fraseología médica. Figuré á un *apóstata mercurial*, gravemente enfermo, y seguí todos los días y horas, marcando los síntomas de la gravedad del *mercurio apóstata*, hasta su muerte, y epitafio; sembré los boletines de sal ática, refiriendo la vida y milagros del enfermo, haciendo uso de palabras *guachinangas-léperas y jarochoas*, como se hablan en aquel país; todo con su sal y pimienta y con alguna gracia, y á la comprension del bulgo. Los boletines, eran muy cortos, pero sin palabra que bagase. Ni hablaba de las instituciones de la República, ni de los partidos, ni de España

para nada. Aparecian firmados los Boletines por el Dr. *Bartolo*. Este *Bartolo*, fué un curandero muy afamado en el siglo pasado, en la tierra caliente, llamado Bartolo Vicuña.

Se publicó en el *Veracruzano libre*, el primer Boletin, que gustó infinito, porque todo el mundo lo comprendió, y hubo paisanos que á puro leer, lo aprendieron de memoria. Siguiéron otros cuatro por el mismo estilo, y se aumentó la curiosidad, y la redaccion tubo que hacer segunda tirada: tales eran los pedidos que habia.

El sexto Boletin, era mas picaresco y sarcástico, lo trabajé detenidamente y bien. Era un diálogo picante, entre un Indio, un Jarocho y un Yanki. Era de mas estension que los demas boletines. En esta publicacion, heria la dificultad, y hacia vér las miras y planes de los Yankis, para usurpar y apoderarse del territorio mejicano, principiando por el establecimiento de la república de *Fridonia*, en Tejas, cuyo plan vi revelado en la Abeja de Nueva Orleans, periódico escrito en francés, que me lo prestaban para leer mis amigos los alemanes.

En los seis días que publiqué, el Boletin diario, ningun comerciante inglés, francés, alemán ni Ytaliano, quiso recibir mas Mercurio. Los comerciantes españoles, siguieron el mismo ejemplo, y se borraron de dicho periódico, tomando en su lugar el Veracruzano libre. El *Mercurio*, murió de inanición. Entónces publiqué el séptimo y último en el que anunciaba el Dr. Bartolo que el *Apóstata Mercurio*, habia pasado á mejor vida, y con el epitafio siguiente, por lo que recuerdo:

Aquí yace el apóstata Ceruti;

Que no fué nunca nadie;

Y como periodista, un Zarramplin.

A los pocos días vendió Ceruti la imprenta, que la compró por segunda mano el General Santana; y se marchó á Méjico al lado de su compadre amigo D. Lorenzo Zabala, á escribir á todo su sabor contra mí, en el Federal.

Le siguió Castillo, el napolitano Conde de Santangelo, publicista italiano, que escribia tambien en el Mercurio, el Coronel Habanero Castrillon y otros Yorkinos, pero no todos.

Al principio de la publicación de los Boletines, se los atribuian al español D. Tiburcio Campe, pero á los ocho días supieron positivamente que yo era el verdadero autor. Una

mañana que iba á Casa de Troncoso, me esperaron en la Plaza pública un grupo de oficiales, y un teniente llamado Villagrasa, me acometió sable en mano: me defendí con mi baston, que era de bambú, ó un Roteu, deteniendo los golpes que tiraba, y cuando me dispuse á jugar el palo á remolino y acometer al único oficial que desembainó el sable, los demas oficiales, en número de seis, desembainaron los suyos y principiaron á sacudirme de plano, hasta que llegó un oficial, con un piquete de diez soldados de la guardia del principal, me prendió y á los siete oficiales. A mí me llevaron al hospital militar y á los oficiales á la prevencion. Como era consiguiente, se agrupó allí mucha gente y se cerraron las tiendas del comercio; y no hubo nada, la tranquilidad pública no se alteró en lo mas mínimo.

MUERTE Y CASTIGO PROVIDENCIAL

DE MI PRIMO DON FRANCISCO BERROA.

He dicho antes, que mi primo tenia por Abogado á un habanero emigrado que se apellidaba Betancourt. Era Yorkino, y creo escritor en el Mercurio. Luego que presencié mi acometida y que me llevaron preso al hospital, corrió á casa de mi primo á participarle tan fausta noticia. Mi primo, que estaba en compañía de su patron, en medio de una sala, fue tan grande el gozo que recibió, que principió á brincar de alegría y *en el acto cayó muerto en tierra.*

Los comerciantes de Veracruz luego que lo supieron, no hubo uno que no digese que habia sido justo castigo de Dios, por lo mal que habia obrado contra su tío y el sobrino.

El patron de mi primo, hizo noche, de los quince mil duros y todos los papeles del difunto, y por mas que los reclamé, como heredero suyo, como único pariente que tenia en América. Las circunstancias eran fatales para reclamar justicia y dinero.

Me curaron en el hospital, pero no quise salir de él por temor de que me dieran una puñalada.

Durante mi permanencia en él, recibí desengaños terribles. Ni el general Santana, ni Barragan, me embiaron un recado. Los únicos mejicanos que estuvieron á verme fueron los

coroneles Vázquez y Portilla: ambos me digeron que habia tenido razon en sospechar: que Santana era un felon, de quien se debia desconfiar. Vázquez se ofreció á llevarme á su hacienda por todo el tiempo que yo quisiese estar. Le di las gracias, y le dije que pensaba embarcarme para Nueva Orleans. Portilla me hizo los mayores ofrecimientos. Me dijo que quien habia rebelado el secreto, de sér yó el autor de los Boletines, era el Regente de la imprenta, habanero, yorkino y amigo de Betancourt; y que sospechando él que el autor de los manuscritos era yo, los habian llevado á exámen de mi primo, para que los reconociese y que él certificó en efecto que eran de mi puño y letra. Que luego que aberiguaron semejante felonía, despidieron al Regente.

Respecto á Santana, me dijo: «ha cometido una maldad y hecho su negocio personal. Su interés era matar el Mercurio, que era un enemigo terrible que obserbaba de cerca sus actos y los publicaba. A mucha gente ha dejado colgada de las astas del toro. Barragan, Rincon, Vázquez y las autoridades del Estado de Veracruz, se han incomodado, porque les ha puesto en evidencia y él se ha retirado á su hacienda de Manga de Clavo.»

Venian familias enteras del interior del pais, temiendo la espulsion, y se iban embarcando paulatinamente.

En el casco de Veracruz, se habian sosegado los ánimos, con la desaparicion del Mercurio y sus escritos, además de los oficiales que recibieron sus pasaportes, pero aquella calma era engañosa, era precursora de una terrible tempestad, que no tardó en aparecer en el orizonte.

Los comerciantes de Veracruz se desengañaron por último. Rivas, que fué á verme, me dijo que yo tuve razón, que nada se adelantaria con la supresion del Mercurio; y que todo lo contrario, los yorkinos estaban furiosos con la desaparicion de aquel periódico, y en los de Méjico tronaban sangre y fuego contra los españoles de Veracruz y contra mí. Que la culpa de todo la tenia el que los habia metido en aquel mal paso haciendo su negocio particular. Que lo que no habia pensado hasta entónces lo iba á ejecutar, que era ponerse en franquía, marchándose á los Estados Undios, antes que le echasen por medios violentos. «¿Y vd. qué piensa hacer?» me preguntó. «Desde el hospital embarcarme para los Estados Unidos, en el primer buque que se presente, abandonando todo.»

«Pues en ese caso iremos juntos y estaré á la vista del primer pailebot, que se ponga corriente á dár á la vela.»

El buen zambo Sanabria me visitaba todas las noches, despues que salia de los almacenes, y sus principales venian á verme de vez en cuando.

Se habia decretado la espulsion de los Españoles del territorio mejicano, y se apresuraron todos los Españoles de Méjico y de tierra adentro, á bajar al único puerto que habia de embarque, que era Veracruz. Las naves extranjeras que habia en él, preferian fletarlas de transporte de pasajeros, para la Habana y los Estados Unidos, á embarcar mercancías para Europa. Una porcion de Barcos mercantes se dedicaron á llevar espulsados, á precios subidos.

Rivas, vino á verme al hospital, á decirme que habia lista la fragata Inglesa La Hibernia, que dentro de ocho dias se haria á la vela para la Nueva Orleans, y que él estaba decidido á embarcarse en aquel buque, y venia á preguntarme si por mi parte estaba decidido á lo mismo. Que el transporte hasta la bahia, era de cien pesos en primera Cámara. Le contesté que estaba resuelto y que tomase la boleta de pasage.

Con esta resolucion, embié un recado á Don Alejandro Troncoso, para que fuera á verme. Vino y le dije que marchaba con Rivas á la Nueva Orleans, y desde alli probablemente me trasladaria á la Habana, y que viesse el modo de proporcionarme la mayor cantidad de dinero posible, ya que no fuese de la testamentaria, á lo menos de los cuatro á cinco mil duros propios míos, que se habian mezclado con los intereses de la testamentaria, porque no tenia en mi poder mas que unos cuatro cientos duros, que habia traído de Orizaba, Sanabria. «No tengo un cuarto, me respondió, no se hace venta ninguna hace tres meses, ni se cobran pagarés. Lo que únicamente podré á vd. facilitar, es una libranza de quinientos pesos sobre el Habana, y una carta de recomendacion para mi íntimo amigo Don Francisco de Empáran, interin vendo géneros, y por el mismo conducto, iré remesando á vd. los productos de las ventas, hasta cubrirle su capital, y luego veremos por la liquidación, lo que queda de la testamentaria, para vd. y su hermana.» Ví por este proceder, que Troncoso me dejaba colgado, por efecto de las circunstancias del país, y él seria el verdadero heredero de la testamentaria. Me conformé á la fuerza y callé. Posteriormente

se confirmaron mis sospechas, le escribí diferentes cartas desde la Habana, y no tube la menor contestacion. Este último desengaño de los hombres, me hizo olvidar los asuntos de la Testamentaria, y á mi cuñado en Madrid, jamás le hablé sobre el particular.

Llegó el dia de la partida, estubieron en el hospital varios amigos á despedirme, y no faltaron los Coroneles Vázquez y Portillas. Los alemanes estubieron la víspera, y acompañados de Remigio Sanabria, Troncoso y su hijo: me embarqué para la Isla de Sacrificios, donde estaba anclada la Fragata mercante Inglesa, La Hibernia.

